

LA CONFRONTACION AGRICOLA

*Robert J. Samuelson escribe lo siguiente en
The Washington Post (Herald).*

Uno no necesita ser doctor en economía para entender la Política Agraria Común de la CEE. Dicha política consiste en el establecimiento artificial de elevados precios, que crean vastos excedentes alimentarios. En noviembre, por ejemplo, la media del precio mundial del maíz era 97 dólares la tonelada. El precio mínimo prometido por la PAC a los agricultores europeos era 212 dólares. Naturalmente, tales agricultores producen cuanto pueden, y los excedentes son lanzados al mercado mundial muy subvencionados.

Está claro quienes son los perjudicados por esa política. Primero los consumidores y los contribuyentes europeos. El precio de los alimentos es excesivo y entre el 60 y el 80 por 100 del presupuesto comunitario se destina a la PAC. En segundo lugar vienen los productores más eficaces -de los Estados Unidos, Australia, Canadá, Argentina, etc.- que pierden cuota de mercado frente a los europeos. A la vista de todas esas víctimas, parece que debería existir una gran presión sobre la CEE para que ésta variara su política agrícola. En realidad, sin embargo, la campaña que ha llevado a cabo Norteamérica contra la PAC apenas ha tenido éxito alguno.

Se trata de un fracaso espectacular de la diplomacia económica. Más y más frecuentemente, los Estados Unidos sólo pueden defender sus intereses económicos en el extranjero si cuentan con la colaboración de otros países. Pero los norteamericanos son torpes cuando se trata de crear las coaliciones que puedan conducir al éxito. Las negociaciones agrarias que se están celebrando en el marco del GATT ilustran bien esta situación, y así, cuando se interrumpieron los contactos, recientemente, en Montreal, los criticados fueron los norteamericanos y no los europeos.

Ahora bien, que nadie se equivoque: dichas negociaciones son vitales para la agricultura de Estados Unidos, puesto que pueden representar la mejor oportunidad para reducir sus propios y muy costosos subsidios. La producción norteamericana aumenta sin cesar. La sequía del verano pasado sólo supuso una interrupción momentánea de una prolongada tendencia. Sin unas exportaciones crecientes, los agricultores de Norteamérica no podrían hacer más que almacenar excedentes y contemplar la caída de sus precios. Las presiones, en tal caso, para unos mayores subsidios se harían irresistibles. En el marco internacional, otros exportadores agrarios se ven enfrentados con el mismo problema. Además, unas mejores condiciones para la exportación agrícola supondrían una ayuda notable para no pocos países del Tercer Mundo.

Sea como fuere, los Estados Unidos no han sabido sacar provecho de este estado de cosas. No es que a los otros exportadores les guste la PAC. Todo lo contrario. Pero Norteamérica ha perdido a sus aliados naturales al insistir para que todos los países se comprometan, ya antes de entrar en el detalle de las negociaciones, a eliminar, más pronto o más tarde, los subsidios que reciben los agricultores de cada país. Para los europeos esto equivaldría a la desaparición de la PAC. Se trataría de un suicidio político. Sin embargo, fué esta petición humillante la que causó la ruptura de Montreal. Otros gobiernos, aparte de los de la CEE, contemplan la posición de Estados Unidos como fuera de razón.

Tales exigencias por parte de Norteamérica son, además, innecesarias. El problema no es todo o nada. Supongamos que los precios excesivos de la PAC se redujeran el 60 o el 80 por cien en una década. Esto sería un gran resultado. De hecho, las negociaciones se han interrumpido ante un principio innegociable. Por esto los europeos se han apuntado un tanto importante desde el punto de vista de las relaciones públicas.

La PAC no es el único ejemplo de locura. Los Estados Unidos mantienen contingentes de importación para el azúcar y para los productos lácteos. Japón y Corea del Sur restringen sus importaciones de arroz. Cualquier acuerdo comercial que se alcanzara debería atacar esas distorsiones. Pero existen dificultades políticas en todas par-

tes. Los agricultores se han acostumbrado, y dependen, de la protección, y a veces los políticos han de contar con sus votos. Ahora -- bien, la apertura del mundo agrario no es una utopía, y sus beneficios serían enormes para los consumidores, para los contribuyentes y para un buen número de países exportadores, algunos de los cuales verían su situación muy mejorada si se eliminaran algunos obstáculos -- como la competencia subvencionada -- que ahora dificultan su salida al exterior.

Las negociaciones del GATT continuarán hasta 1990, y aún pueden ser un éxito. Pero para que esto ocurra Estados Unidos debe adaptarse mejor a las circunstancias reales. No basta con tener razón.